

fo al cabo y uno de los mas gloriosos de nuestra historia, pues de los veinte y ocho mil hombres que asi peleaban contra setenta y dos mil á caballo sobre un rio, ni uno solo debió escaparse. De este modo, tal como era nuestra desventura, se podía calificar de prodigio.

Asi lo conocian nuestros soldados, y enmedio de aquel desastre, de cuya pérdida material participábamos con los rusos, siendo toda la confusion para ellos, creyó Napoleon volver á encontrar la grandeza de su destino, ya que no su pujanza. Sin embargo al dia siguiente habia que volver á empezar, no la retirada, sino la fuga. Con efecto, se necesitaba arrancar de manos del enemigo los cinco mil hombres que aun le quedaban al mariscal Victor, su artilleria, sus parques, y cuantos se pudieran de los infelices que no supieron aprovecharse de los puentes durante los dias anteriores. Napoleon previno á Victor que aquella noche se trasla-

por las tres divisiones y á los cinco mil puestos en salvo suman los trece ó catorce mil hombres del cuerpo del mariscal Victor. Los supuestos prisioneros hechos por los rusos evidentemente no fueron mas que rezagados recogidos por los caminos. Tambien los rusos han hablado de doscientas bocas de fuego tomadas en el Berezina. Doscientas veinte pretendieron haber ganado en Krasnoé, doscientas en el Berezina, cuatrocientas entre todas. Ahora bien, solo doscientas fueron las sacadas por Napoleon de Esmolensko. Segun la relacion verídica de los pontoneros, ni un solo cañon quedó al otro lado del Berezina. A rezagados hallados por los caminos dieron los rusos el carácter de prisioneros cogidos sobre el campo de batalla, y á los carros de bagages el de cañones ganados en la pelea. No de otro modo se explican las exageraciones de Mr. de Bourtoulin que acaban de ser citadas.

dara á la márgen derecha del Berezina, y se llevara su artilleria, é hiciera desfilar á la mayor parte de los hombres desbandados, que aun se hallaban á la márgen izquierda.

¡singular flujo y reflujo de la espantada muchedumbre! Mientras el cañon tronaba, todos querian efectuar el paso, sin que lo pudieran conseguir á fuerza de quererlo. Cuando vino con la noche el silencio de la artilleria, no se pensó mas que en el peligro de atropellarse, peligro de que tan cruel experiencia se habia hecho durante el dia; y se alejaron de la escena de horror que presentaba el punto del paso, con el fin de cederlo, segun se decia, á los mas impacientes; de suerte que la dificultad iba á consistir ahora en forzar á aquellos infelices á que desfilaran antes del incendio de los puentes, que era menester destruir á la otra mañana, si se habia de tomar algo de delantera al enemigo.

Pero la primera diligencia era limpiar las avenidas de los dos puentes de la masa de hombres y de caballos muertos, por la sofocacion ó por las balas, de carros rotos y de embarazos de todas clases. Segun el lenguaje de los pontoneros habia que practicar una especie de trinchera enmedio de cadáveres y de restos de carros. Con sus pontoneros emprendió el general Eblé esta tarea tan ardua como dolorosa. Se recogian los cadáveres y se echaban á un lado, se arrastraban los carros hasta el puente, y desde el tablero se arrojaban seguidamente al rio. No obstante, aun quedaba una masa de cadáveres de que no pudieron ser desembarazadas las avenidas de los dos puentes. Forzoso era pues andar al paso por encima de aquellos cuer-

pos y por medio de la carne y de la sangre.

Desde las nueve hasta las doce de la noche cruzó el mariscal Victor el Berezina, recatándose del contrario, harto fatigado para que pensase en perseguirnos. Por el puente de la izquierda hizo desfilar su artillería, su infantería por el de la derecha, y logró trasladar toda su gente y todo su material á la orilla derecha del Berezina, excepto los heridos y dos bocas de fuego. Operado el paso puso en batería sus cañones, á fin de contener á los rusos y de impedirles que cruzaran los puentes detrás de nosotros.

Aun quedaban por pasar muchos miles de rezagados, desbandados ó fugitivos, que durante el día lo ansiaban de sobra, y no de noche, ó al menos lo dilataban para la otra mañana. Habiendo prescrito Napoleon que tan luego como despuntara la aurora se destruyeran los puentes, envió á decir al general Eblé y al mariscal Victor que emplearan todos los medios para acelerar el paso de aquellos infelices. Personalmente fué el general Eblé á sus bivaques, acompañado de muchos oficiales, y les exhortó á que cruzaran el río, afirmandoles que se iban á destruir los puentes. Todo en vano. Tendidos por el suelo sobre paja ó sobre ramas de árboles, en rededor de grandes hogueras, devorando algunos trozos de caballo, unos temian la grande alluencia y con especialidad durante la noche, otros la pérdida de un bivaque seguro por uno dudoso; y con el frio que hacia, una noche sin fuego y sin descanso era la muerte. Varios bivaques mandó incendiar el general Eblé para despertar á aquellos pertinaces, entorpecidos por el frio y por la fatiga; pero sin fruto. Hubo pues que ver

trascurrir toda una noche, sin sacar provecho tantos desdichados de la existencia de los dos puentes, que debia de ser tan corta.

Al asomar la aurora del día 29 recibió orden el general Eblé de destruir los puentes á las siete de la mañana; pero aquel noble corazon, tan humano como intrépido, no se podia decidir á ponerlo por obra. De antemano habia hecho colocar sobre el tablero las materias incendiarias, para que se pudiera prender fuego á la primera aparicion del enemigo, y entretanto lograran pasar los morosos. Habiendo estado tambien de pie aquella noche, que era la sexta, mientras sus pontoneros tomaron todos los dias algo de reposo, encontrábase allí esforzándose por acelerar el paso, y enviando á decir á los que se retardaban que era menester darse prisa. Mas, siendo ya de día, estaba de más estimularlos, pues, convencidos demasiado tarde, todos se mostraban diligentes. Se iba desfilando á pesar de todo; pero el enemigo se hallaba frente por frente sobre las alturas. El general Eblé, que, segun las órdenes del cuartel general, debiera haber destruido los puentes á las siete de la mañana lo mas tarde, dilatólo hasta las ocho. A esta hora, las órdenes reiteradas, la vista del enemigo, que se aproximaba, todo en fin le imponia el deber de no perder instante. Sin embargo, como estaba allí la artillería del mariscal Victor para contener á los rusos, fué á situarse en persona detrás de los puentes, y detenia la mano de sus pontoneros, con el fin de salvar algunas mas victimas si era posible. En este momento, su alma, tan buena como ruda, padecia cruelmente.

Por último, habiendo esperado hasta cerca de

las nueve, llegando el enemigo á pasos acelerados, y no pudiendo ser ya útiles mas que á los rusos aquellos puentes, si se dilataba destruirlos, determinóse á prenderlos fuego, con el corazon traspasado y apartando los ojos de escena tan espantosa. De seguida torrentes de llamas y de humo envolvieron á los dos puentes, y los infelices, que estaban encima de ellos, se precipitaron para no ser arrastrados en su caída. Del seno de la muchedumbre, que aun no habia pasado, salió un grito de desesperacion de repente: lágrimas y gestos convulsivos se divisaron á la otra orilla. Heridos y pobres mugeres tendian los brazos á sus compatriotas, que se iban, forzados á abandonarles á pesar suyo. Unos se arrojaban al agua, otros se lanzaban á las llamas del puente, cada cual en fin tentaba un esfuerzo supremo, para librarse de un cautiverio, que equivalia á la muerte. Pero, presentándose los cosacos al galope y metiendo sus lanzas por medio de aquella muchedumbre, de pronto mataron á algunos infelices, cogieron á los otros y los empujaron como un rebaño hácia el ejército ruso, y se echaron sobre el botin de seguida. No se sabe si fueron seis, siete ú ocho mil individuos, hombres, mugeres, niños, militares ó fugitivos, cantincros ó soldados del ejército, los que de este modo quedaron en manos de los rusos.

De este espectáculo retiróse el ejército profundamente afectado, y nadie mas entre todos que el generoso é intrépido Eblé, quien, dedicándose á la salvacion comun, figuraba como libertador de cuantos no habian perecido ó depuesto las armas. De mas de cincuenta mil individuos que, armados ó desarmados, pasaron el Berezina, ni uno solo

hubo que no debiera la vida ó la libertad á él ó á sus pontoneros. Pero la mayor parte de los pontoneros, que trabajaron dentro del agua, habian ya pagado este gran servicio, ó lo iban á pagar con su existencia; y el mismo general Eblé contrajo una enfermedad mortal, á la cual debia sucumbir muy pronto.

Tal fué este inmortal suceso del Berezina, uno de los mas trágicos de la historia. Espantados del nombre de Napoleon los rusos, vacilando en obstruirle el camino, y no queriéndolo intentar sino en masa, le proporcionaron asi tiempo de hallar un paso, de echar allí puentes, y de cruzarlo. A la milagrosa casualidad de la llegada del general Corbineau, á la sagacidad y al valor de éste, á la noble adhesion de Eblé, á la resistencia desesperada de Victor y de sus soldados, á la energia de Oudinot, de Legrand, de Maison, de Zayonchek, de Doumerc, de Ney, y por último á su discernimiento recto y profundo, debió Napoleon el librarse por medio de una escena sangrienta del mas humillante y contundente descalabro. Este trágico fin coronaba dignamente tan terrible campaña, y desgraciado Napoleon por su culpa, aun se mostraba grande. Gracias debia pues dar á todos, porque este dia, mas que en los de sus brillantes victorias, estaba obligado á sus generales, á sus soldados y hasta á sus aliados. Con todo, despues de felicitar á Victor la noche del 28 por los prodigios ejecutados durante el dia, cuando el 29 conoció el desastre de la division de Partouneaux, abrumóle con sangrientas reconvencciones, volvió á lo pasado, al tiempo perdido á lo largo del Oula, y pagó con severidad excesiva el mayor servicio que Victor le

habia prestado nunca. Sin embargo, si la desgracia de Partouneaux debia recaer sobre alguno, tanto era suya la culpa lo menos como del mariscal Victor, pues quiso prolongar la falsa demostracion sobre Borisow mucho mas de lo necesario. Al siguiente dia de decision tan admirable, se retiró Victor con el corazón contristado.

Y á todo esto era forzoso andar y andar sin perder un minuto para llegar por Zemin, Pletchenitzi, Illia, Molodeczno, al camino de Wilna, donde se entraba al estar en el postrer punto. Desde el sitio por donde se habia pasado el Berezina hasta Molodeczno se dilataba una region donde los caminos, contruidos por entre selvas pantanosas, se formaban ora por lechos de fajinas ó por puentes de muchos centenares de toesas. Tres puentes habia de esta clase entre el Berezina y Pletchenitzi, y alli pudieran detener los rusos al ejército entero, si los hubieran incendiado. Una vanguardia de cosacos, apoyada por alguna caballeria regular, tenian en Pletchenitzi á las órdenes del general ruso Landskoi. Por fortuna esta vanguardia nada hizo de lo que hacer pudo. Ocupada se hallaba en asediar dentro de una granja de Pletchenitzi al mariscal Oudinot gravemente herido, y no teniendo en su compañía mas de unos cincuenta hombres, que escoltaban á algunos oficiales heridos tambien el dia 28. En union de los que le rodeaban y sin poderse tener apenas en pie, se defendia el mariscal intrépido contra numerosos asalladores, y sirviéndose él mismo de sus pistolas, disparábalas por entre algunas reudijas practicadas en las paredes de su choza. Al llegar el ejército le libertó á él y á sus compañeros de infortunio, ahuyentando á los cosacos.

Merced á esta incurria de la vanguardia rusa, todo el ejército pudo cruzar sin tropiezo los largos puentes del camino de Zemin y Molodeczno, y llegar sin contratiempo á parage, donde ya estaban traspuestos los mas difíciles pasos. Habiendo reemplazado el mariscal Ney al mariscal Oudinot en el mando del segundo cuerpo, encontró alli un lugarteniente digno de su persona, el general Maison, que le igualaba en buena salud, en buen humor, en bizarría, y juntaba una rara sagacidad militar á todas las prendas de soldado. De resultas de ser herido el general Legrand, jefe de una de las divisiones francesas del segundo cuerpo, reunia el general Maison bajo su mano los tres mil hombres restantes de este cuerpo de tropas, que ascendia á treinta y nueve mil á la abertura de la campaña. Ney y Maison se entendian perfectamente. Deteniéndose en Zemin cubrieron los puentes de fajinas, y prendiéronlas fuego cuando asomó la caballeria contraria, y así esta no encontró para pasar mas que montones de ardientes cenizas sobre el hielo medio derretido de los pantanos.

Hasta el dia siguiente 30 no llegó á Pletchenitzi la retaguardia. Allí fué acometida por el general Platow, que dirigia la persecucion. Un espantoso tropel se produjo á la entrada de la aldea, y durante un momento el mariscal Ney y el general Maison se hallaron en la imposibilidad de moverse y de hacer que jugara su artilleria. Desembarazados al cabo, no encontraron mas que unos mil hombres en las filas, habiéndose dejado desordenar los otros por la muchedumbre de desbandados. El frio, que habia alojado un momento antes del paso del Berezina, volvió á ser agudo, y de

10 á 11 grados bajo el termómetro de Reaumur á 18, 19 y 20. A proporcion aumentaron los padecimientos, y casi no se podian tener en pié los hombres. Ademas, la vista de los heridos, á quienes ya no se pensaba en recoger ni por asomo, tampoco era adecuada para estimular á los combatientes, y no habia porque extrañar que se aprovecharan de un instante de confusion para librarse de una carga, que no pesaba mas que sobre los últimos que se quedaban en rededor de la bandera. No por esto se amilanaron el mariscal Ney y el general Maison, antes bien hicieron cara al enemigo, y ayudados por mil doscientos ó mil quinientos polacos, llegados á la sazón, consiguieron repeler á los rusos.

Gracias á este enérgico esfuerzo, se libraron de la caballeria enemiga por dos ó tres dias, pero aun se iba acrecentando la pérdida de hombres, á causa de llegar el frio á 24 grados. Cubiertos se hallaban los bivaques de los que se dormian para no despertarse nunca, ó se despertaban con los miembros helados, y reducidos á la imposibilidad de emprender la marcha, eran despojados por los rusos, y abandonados en cueros sobre la tierra helada.

Llegado habia el 4 de diciembre la cabeza del ejército á Smorgoni y la cola á Molodeczno. Aquí trabóse un violento y terrible combate entre los rusos y la retaguardia mandada por Ney y Maison. A la caballeria de Platow se habia unido la division de Tchaplitz. No tenian Maison y Ney mas que seiscientos ó setecientos hombres, pero conservaban un resto bastante considerable de la artilleria del segundo cuerpo, arrastrada hasta allí y de la cual no era de esperar que siguiera mas lar-

go tiempo, visto el estado de los caballos. Por tanto resolvieron Ney y Maison consumir en este punto sus postreras municiones, y hacer una espantosa inmolacion de rusos en venganza de nuestras pérdidas cotidianas. De metralla acribillaron á la caballeria de Platow y á la infanteria de Tchaplitz, y les detuvieron largo rato delante de Molodeczno. El mariscal Victor, que habia precedido á Ney y á Maison en este punto, y se hallaba allí con los cuatro mil hombres, que aun quedaban del nono cuerpo, se les unió y ayudóles á repeler á los rusos. Estos experimentaron una pérdida considerable, sin quitarnos mas que hombres aislados, que desgraciadamente recogian todos los dias á centenares. Aun nos proporcionó este postrer combate algunos dias de respiro.

Llegados allí Ney y Maison únicamente con cuatrocientos ó quinientos hombres, ya no podian bastar para el servicio de la retaguardia. Encargósele al mariscal Victor con los bávaros del general de Wrede que, despues de una separacion larga se incorporaban al cabo, mermados ya en mucha parte de los cuatro mil reclutas recibidos el mes precedente.

Hallándose Napoleon en Smorgoni, y creyendo que por su honor habia hecho lo bastante con permanecer entre el ejército hasta el punto en que ya no tenia que temer las horcas caudinas, resolvió al fin ejecutar el proyecto que meditaba ya hacia muchos dias, sin haberse franqueado mas que con Mr. Daru verbalmente y con Mr. de Bassano por escrito. Este proyecto, muy sujeto á cuestion, consistia en tomar la vuelta de Paris desde luego. Siempre aplicado con firmeza Mr. Daru á sus dehe-

res, sin hacer gala de virtud por mover á desagrado, pero considerando obligacion suya decir la verdad cuando era provechosa, sostuvo ante Napoleon que el ejército era perdido, si le abandonaba. Mr. de Bassano, que no sentia el mismo estímulo de sus peligros personales para opinar como lo hizo, pues no se hallaba en las filas de las tropas, contrajo el mérito revelante para la situacion de entonces de escribir á Napoleon una larga carta, aconsejándole que se quedara. Le decia que la conspiracion de Malet no habia producido emocion alguna en Francia, que los ánimos estaban mas sumisos que nunca (asercion verdadera, si se trataba de la sumision material); que desde Wilna seria tan obedecido como desde las mismas Tullerías; que, por el contrario, sin su presencia el ejército acabaria de disolverse, y esta disolucion completa seria la mayor de las calamidades que pudiera terminar la campaña. Como postrer motivo alegaba Mr. de Bassano al emperador que su presencia al frente de sus tropas contendria á Alemania y la impediria lanzarse sobre las reliquias de nuestra hueste. Ninguna de estas razones hizo á Napoleon fuerza y aun algunas le produjeron contrario efecto al que se propuso Mr. de Bassano.

Napoleon creia el ejército mas próximo á su disolucion de lo que se decidia á confesar, aun dirigiéndose á Mr. de Bassano: considerando pues el mal como ya casi consumado, no se fijaba mas que en el peligro de verse con unos pocos soldados extenuados, incapaces de resistencia alguna, á cuatrocientas leguas de la frontera francesa, teniendo á sus espaldas á los alemanes muy inclinados á la rebeldía. Y se preguntaba que seria de él, qué se-

ria del imperio, si los alemanes se llegaban á hacer la reflexion muy sencilla de que, impidiéndole volver á Francia, destruian su poderio con su persona, y sí, despues de hecha la reflexion esta, se alzaban á sus espaldas para cerrarle el camino del Rhin y cerrárselo á las reliquias de sus tropas. Todo estaba perdido entonces, y la guerra terminaria muy en breve con su cautiverio. Ahora bien se restituye la libertad á un príncipe como Francisco I que, para sucederle, tiene un heredero no contrariado; pero cuando se destrona á un hombre, por grande que sea, elevado por los azares de las revoluciones á un trono, donde no habia nacido y donde no está acostumbrado á verle el mundo, en vez de un sucesor universalmente reconocido, tiene competidores á quienes el voto público llama á menudo, y cuya popularidad ha labrado con sus propias faltas. Exagerándose Napoleon esta clase de peligro con la vivacidad de percepcion que le era peculiar, estaba impaciente por abandonar su ejército, y sobre todo desde que, pasado milagrosamente el Berezina, no le retenia un deber de honor imperioso á la cabeza de sus soldados. Recelaba que su desastre, desconocido todavía, llegándose á revelar de pronto, causara en los ánimos tal conmocion que imposibilitara su vuelta, hallando levantados mil brazos en su camino para detenerle. Por tanto, antes de que se conocieran las desventuras que le habian caido encima, ó mientras se empleara el tiempo en creerlas, deseaba ponerse en salvo con cuatro hombres seguros, Caulaincourt, Lobau, Daru, Lefebvre Desnoettes, cruzar la Polonia en trineo, la Alemania en posta, una y otra muy á las calladas, y llegar á las Tullerías antes

de ser esperado allí ni aun por su esposa. Cuando Europa supiera su desastre, y al mismo tiempo su vuelta á la capital de Francia, ya reflexionaria antes de sublevarse, y en todo caso le hallaria al frente de las fuerzas considerables que aun le quedaban al imperio, y podria pagar muy caro el alborozo de un instante.

Sin duda habia poderosísimas razones para pensar de este modo, y bastantes para que haya que dejar á la turba de los partidos el cuidado de calificar de desercion esta partida del ejército. Sin embargo, habia algunas otras que tomar en consideración y contrarias á estas, las cuales, sin igualarlas acaso, tenian su valor á pesar de todo. Con el teson de Massena ó la flema de Moreau fuera posible sacar de aquella situacion algunos recursos, y hallar al fin un límite donde contener á los rusos y allegar las reliquias de las tropas. Con efecto, incluyendo la Guardia y los cuerpos de Davout y de Victor, aun habia doce mil hombres capaces de manejar el fusil, seguidos por cerca de cuarenta mil rezagados, capaces de tornar á ser soldados tan luego como en alguna parte se les proporcionaran víveres, techos, descanso, seguridad. Siempre trascurririan uno ó dos meses antes de que estos desbandados volvieran á ser soldados. Pero entretanto los doce mil, que habian conservado sus armas, iban á encontrar entre Molodeczno y Wilna á de Wrede con seis mil bávaros, en la misma Wilna á Loison con nueve mil franceses, á Franceschi y Coutard con dos brigadas de siete á ocho mil polacos y alemanes, y fuera de estos cuerpos organizados, algunos escuadrones y batallones de marcha elevándose á cuatro mil hombres, ademas

seis mil lituanos, esto es, treinta y tres mil hombres, que, unidos á los restos del grande ejército, podian oponer cierta resistencia al enemigo, pues no serian menos de cuarenta y cinco mil combatientes reunidos y bien armados. A la derecha estaban Schwarzenberg con veinte y cinco mil austriacos, Reynier con quince mil franceses y sajones excelentes, esto es, cuarenta mil hombres, que no dejarian de llegar luego que se les comunicara la orden de avance. Por último á la izquierda estaba Macdonald con diez mil prusianos, que no se atreverian á abandonar al ejército francés sino cuando se abandonara á sí propio, y seis mil polacos á cubierto de toda seduccion enemiga. Posible era pues tener aun en Wilna cuarenta y cinco mil hombres, siempre que no se les enviara á morir por los caminos para que fueran delante del grande ejército, ademas cuarenta mil á la derecha de Wilna, y quince mil á la izquierda, que para acudir á la cita comun solo necesitaban de ocho á diez dias: detrás la division de Heudelet, del cuerpo de Augereau, llegaba fuerte con quince mil franceses: otra quedaba á Augereau de igual número, ademas muchas tropas de marcha, y por último el cuerpo de Grenier, que acababa de pasar los Alpes con diez y ocho mil hombres de las antiguas tropas de Italia. De consiguiente Augereau podia mantenerse firme en Berlin con treinta mil hombres, Heudelet llenar con quince mil la distancia entre esta capital y Wilna, y Napoleon juntar cien mil en torno de este punto, y allí mismo la mitad de ellos (1). No tenian

(1) Mas bien reduzco que exagero estos guarismos, y los tomo de la misma correspondencia de Mr. de Bassano, que todos los dias enviaba á Napoleon el estado de las

mas gente los rusos. A Kutusof le quedaban cerca de cincuenta mil hombres, veinte mil á Wittgenstein, y los mismos á Tchitchakoff poco mas ó menos. Sacken, despues de los desgraciados combates que acababa de sostener contra Schwarzenberg y Reynier, como se verá pronto, no tenia mas que diez mil hombres sobre las armas. Este total presentaba cien mil hombres á lo sumo, excelentes sin duda, pero no mejores que los de Napoleon por cierto, ni mucho mas concentrados, pues apenas Wittgenstein, Tchitchakoff y la vanguardia de Kutusof hubieran podido juntar cuarenta mil hombres delante de Wilna, y allí Napoleon estaba en aptitud de tener lo menos otros tantos. Supóngase una batalla ganada delante de Wilna, y que bajo la influencia de triunfo semejante, se hiciera ingresar á treinta ó cuarenta mil rezagados en las filas; y así se reconstituyera un verdadero ejército, capaz de detener á los rusos, de aguardar los socorros procedentes de Francia, y de sacar grandes recursos de Polonia. Aunque hubiera que retroceder hácia el Vistula mas tarde para acercarse á los propios socorros, para disminuir el inconveniente de las distancias, para aumentarlo en desventaja de los rusos, se habria retrogradado con cien mil hombres, teniendo bajo los pies la Alemania contenida, en rededor la Polonia armada, y detrás las cohortes viniendo de Francia. Volviendo así Napo-

tropas que pasaban por Wilna. De la correspondencia de Schwarzenberg y Reynier tomo el guarismo de las fuerzas de estos generales, quienes, excusándose de continuo de no obtener mayores resultados, no habian de exagerar los medios de que se les acusaba de no hacer el uso suficiente.

leon á apoderarse de la victoria en medio de su desastre, lograra tanto en Wilna como en Paris ser obedecido de todos

Pan habia en Wilna para veinte ó treinta dias, diez mil bueyes que llegaban de todos los puntos de la Lithuania y muchas bebidas espirituosas. En Kowno habia almacenes considerables de vestuario y de municiones de boca y guerra. Finalmente los renteros polacos suministraran los granos y las harinas que las requisiciones de la autoridad militar habian reunido en sus casas, y que no se habian podido sacar de allí por falta de trasportes. Ahora se iba á suplir á esta necesidad con los trineos. De consiguiente se pudiera vivir en Wilna, y retrogradando sobre el Niemen en todo caso, por dinero proporcionara la vieja Prusia cuanto hiciera falta (1).

No abandonando el ejército á la desercion creciente que se propagaba por sus filas, aun era posible formar una fuerza respetable con los restos de la muchedumbre sacada de Polonia en el precedente mes de junio, y volver á empezar con ciertas eventualidades de buen suceso una lucha, que esta vez se habia hecho necesaria. Para esto fuera menester menos de aquella prevision política de que Napoleon tuvo tan poca antes de empezar esta guerra, y de que la tuvo tan excesiva cuando esta guerra le salió en contra.

Sin embargo en este grave asunto se podria sostener el sí y el no con igual fundamento, y para propender al partido que consideramos como sos-

(1) Estas aserciones se fundan en la correspondencia de Mr. de Bassano.

tenible, se necesitara el impulso de un sentimiento moral que llevara hasta preferir la pérdida del trono al desamparo de un ejército, al cual se había arrastrado á un desastre. Si no existiera mas peligro que el de la vida (y no existia realmente), Napoleón era harto buen soldado para que vacilara en correrlo con un ejército comprometido por su causa; pero quedar destronado, y peor todavía, prisionero de los alemanes, era una perspectiva que no pudo contemplar sereno, y así tomó la resolución de partir en el mismo Smorgoni.

Necesitaba de quien le reemplazara, y despues de pensarlo, solo halló uno con bastante renombre y elevación de categoría para que se le obedeciese, y era el rey de Nápoles. Eugenio brillaba por mas prudente y mas constante, y en aquellos dias nefastos se había grangeado la alta estimación de todos los hombres de bien de la hueste, pero era capaz de obedecer á Murat, al par que Murat no era capaz de obedecerle. Entre los mariscales, Ney, aun habiéndose cubierto de gloria, no tenia la autoridad necesaria, y Davout la había perdido desde que Napoleón dió la señal de denigramiento respecto de su persona. Dejando el mayor general Berthier á Murat, esperaba Napoleón poner á su lado un consejero sensato, laborioso, y en estado de contenerle y de suplir su ignorancia de los pormenores. Por desgracia el mayor general estaba completamente desmoralizado, y su salud arruinada del todo. Los males que acababa de padecer habían destruido su cuerpo y alterado su alta razón profundamente. Con Napoleón queria partir, y para obligarle á que se quedara hubo que usar de un lenguaje duro por extremo. Resignóse con su

docilidad de costumbre, pero con violenta pena, porque su raro buen juicio no le permitia entrever mas que nuevos y mas horrorosos desastres, luego que Napoleón se ausentara.

Por la noche del 3 de diciembre juntó Napoleón en Smorgoni, adonde se había llegado, á Murat, á Eugenio, á Berthier, á sus mariscales, y puso en noticia de ellos su determinación, que les produjo sorpresa y les afectó sensiblemente, si bien no se atrevieron á desaprobársela, temiendo aun á su soberano vencido, y hallando además muy poderosas las razones que alegaba, pues les decia que dentro de dos meses les traeria trescientos mil hombres de refuerzo, y que solo de Francia podia sacar tales socorros. Por otra parte estuvo mas cariñoso que de costumbre, dirigió palabras afectuosas á todos, hasta al mariscal Davout, á quien había maltratado en tan gran manera durante esta campaña, y así procuró conquistar con halagos una aprobación que recelaba no alcanzar con las buenas razones que podia aducir en su apoyo. Lisongeoles hasta el punto de acusarse á sí propio, diciendo que todos habían cometido faltas, así él como los demas, que se había quedado en Moscou mucho tiempo, seducido por la prolongación de la buena estación y por el deseo de la paz: que en realidad la causa de los desastres recién sufridos, emanaba de la precocidad y del rigor del invierno; que esto era mas bien una desdicha que una falta, y á mayor abundamiento convenia ser indulgentes unos respecto de otros, sostenerse, amarse y cobrar confianza; que pronto volveria á aparecer en medio de ellos á la cabeza de un ejército formidable, y que entretanto les recomendaba que se ayudaran unos á otros y obe-

decieran á Murat fielmente. Terminados estos discursos, les estrechó en sus brazos, cosa que quizá no había acontecido nunca, y metiéndose en un trineo, seguido de Mr. de Caulaincourt, del mariscal Duroc, del conde Lobau y del general Lefebvre Desnoettes, partió á media noche, dejando á sus lugartenientes sumisos y casi convencidos, bien que consternados en el fondo y sin esperanzas.

Hasta el día siguiente se debía observar el mayor secreto, con el fin de que no le precediera por los lugares del tránsito ningun susurro de su partida, pues iba con el incógnito mas rigoroso. Antes de emprender la marcha redactó el boletín 29.º, despues tan famoso, en el cual, hablando por vez primera de la retirada, confesaba la parte de nuestros infortunios que no se podia negar absolutamente, los achacaba al invierno, y daba realce á la parte historial de sus reveses con la excelente é inmortal escena del paso del Berezina.

Grande fué la estupefaccion cuando se supo en el ejército la partida de Napoleon al día siguiente 6 de diciembre, pues con él se desvanecía la última esperanza. Sin embargo solo en la mente de los hombres capaces de reflexionar produjo sensacion la noticia, y para con estos abogaban muchas razones en favor de la resolucion que por Napoleon acababa de ser tomada. Respecto de la masa, tan amortiguado tenia el sentimiento que la impresion no fué la que hubiera sido en cualesquiera otras circunstancias. Signióse pues andando maquinalmente hácia adelante, deseando llegar á Wilna, á la manera que un mes antes se deseaba llegar á Esmolensko. En Wilna se esperaba hallar comestibles, de que á la verdad no se carecia tanto

desde la entrada en Lithuania, y sobre todo abrigo, descanso y tropas organizadas para atajar la persecucion de los rusos. Pero cada día se exacerbaban los sufrimientos de esta marcha. Al salir de Molodeczno se hizo aun el frio mas rigoroso, y el termómetro bajo á 30 grados de Reaumur. Hasta en cuerpos sanos se interrumpiera la vida, mucho mas en cuerpos extenuados por la fatiga y las privaciones. Casi todos los caballos habian muerto; y á centenares caian los hombres muertos por los caminos. Andando iban apretados unos á otros, en muchedumbre armada ó desarmada, con silencio estupefacto, con honda tristeza, no diciendo palabra, no mirando cosa alguna, siguiéndose unos á otros, y siguiendo todos á la vanguardia, que seguia el camino real de Wilna indicado por todas partes. Segun se marchaba, operando el frio sobre los mas débiles, primero les privaba de la vista, despues del oido, muy luego del conocimiento, y por último y en el momento de expirar de la fuerza para moverse. Solo entonces caian sobre el camino, pisados por los que iban detras como si fueran cadáveres desconocidos. Los mas fuertes de hoy eran á su turno los mas débiles de mañana, y cada día se llevaba nuevas generaciones de victimas.

Por la noche en el bivaque morian de otra causa, y era de la accion del calor mal regulada. Ansiosos por calentarse, la mayor parte de ellos presentaban al ardor de las llamas sus heladas extremidades. Siendo el efecto comun del calor descomponer los cuerpos que el principio vital ya no defiende, desde luego se declaraba la gangrena en los pies, en las manos y aun en el rostro de aque-